



ME TIENE SIN CUIDADO

En la ciudad de Fresnillo, cabecera del Partido del mismo nombre, en el Estado de Zacatecas, ciudad que en tiempo de la bonanza de la famosa mina de Proaño fué de gran importancia mercantil y minera, vivía un hombre de bien, de aquellos que no escaseaban entre nuestros antepasados. Laborioso desde su juventud, jamás conoció torturas de la miseria, pero no habituado al ahorro, como la mayor parte de nuestros trabajadores, llegó á la vejez sin tener de qué vivir y sin vigor ya para trabajar. Queríanle bien todos por el inefable aire de bondad que bañaba aquel rostro de toscas facciones y por el infantil candor que conservó hasta el fin de su vida. Candelario Bustamante no conocía más mundo que su ciudad natal, la hacienda

de Trujillo y el caserío de Plateros, situado á legua y cuarto de la ciudad.

La Providencia dió á Candelario en su senectud el apoyo de dos hijos, labriegos ambos sobrevivientes de los cinco que tuvo en su matrimonio, feliz en cuanto puede serlo en este mundo, cuando nos conformamos con los dolores que Dios nos manda sin agravarlos con los que nosotros nos buscamos.

El honrado labrador perdió á su esposa en la plenitud de la vida, la recordó y lloró siempre y jamás quiso contraer segundas nupcias, aunque más de una vez tuvo ocasión para ello.

Joaquín, el hijo mayor, dedicábase á la siembra de trigo, y Bonifacio á la de maíz, ora arrendando terrenos, ora como medieros de los ricos propietarios. El uno residía ordinariamente en la hacienda de Trujillo, y el otro en Plateros. El padre repartía los tristes días de su ancianidad, entre los hogares de sus hijos, de quienes era muy querido y respetado, y alguna que otra temporada, cuando los trabajos del campo lo permitían, reuníanse todos en Fresnillo, en un caserón situado á orillas de la ciudad, que perteneció á la esposa de Candelario, y era hoy propiedad de todos, sin que el Juez de Letras los hubiese declarado herederos,

pues nunca se les ocurrió que era menester denunciar el intestado de la finada, en nombre de la cual hallábase aún listada en el catastro aquella casa, nido de recuerdos y manantial de ternura para Candelario, que lloraba lágrimas del corazón al entrar al comedor donde comió el día feliz de su boda.

Todavía cuando se juntaban en aquel albergue, el júbilo personificado en media docena de nietecitos, se desbordaba por aquel caserón; ora en inocentes y prolongadas risas, ora en infantil algazara, ora en el bullicio del juego ó la travesura. Candelario, con los ojos húmedos y la faz resplandeciente por el calor del cariño, tendía la vista del alma por el mar de los recuerdos en cuya playa encontraba sus goces postrimeros.

La inocencia del niño, la ilusión del hombre, el recuerdo del anciano: he aquí las tres deidades que escancian, en la jornada de la vida, el néctar de nuestras pocas y breves dichas.

En Plateros, mineral de legendaria fama, venérase una imagen de Cristo Crucificado, conocida con el nombre de El Señor de Plateros, y aun en estos tiempos, en que tanto se ha debilitado la fe de nuestros padres, ocurren de lejanos lugares de la República, en piadosa ro-

mería, al santuario que la piedad ha levantado allí al Redentor del mundo.

Candelario y sus hijos eran devotísimos del Señor de Plateros, y á El ocurrían en todas sus necesidades.

Joaquín y Bonifacio, que en alta estima tenían la virtud de su padre, año por año hacíanle la misma súplica.

—Padre, decíale el mayor, pídale á Dios que no llueva, porque si llueve se me pierde el trigo.

—Padre, decíale el menor, pídale á Dios que llueva, porque si no llueve se me pierde el maíz.

Candelario oía las peticiones de sus hijos, á quienes entrañablemente amaba. cuando iba al santuario de Plateros, no hallaba cómo presentar sus oraciones al Señor. Bonifacio, le decía, quiere que llueva; Joaquín que no llueva; los dos son buenos; teniendo uno tendremos todos.

Postrábase luego y clamaba: Señor, que llueva ó que no llueva, me tiene sin cuidado.

Y pensaba luego en que si todos los hombres fueran buenos la abundancia de los unos cubriría la necesidad de los otros, y no pediríamos cotidianamente á Dios un bien que es mal para nuestros hermanos.